ALFONSO SOLA GONZÁLEZ, Itinerario expresivo de LEOPOLDO LUGONES, Mendoza: Ed. de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, 1999; 246 pgs.

Hay ocasiones en que reseñar una novedad bibliográfica tiene un móvil no fiel a lo que se espera de la reseña como práctica intelectual. Si casi siempre anticipar el contenido y funcionalidad de un libro apunta a su difusión y venta, en esta ocasión se propone su provecho, pero más su trascendencia.

Se trata de un libro póstumo de Alfonso Sola González, nombre que por sí solo es una promesa si se conoce la importancia del autor como poeta del '40 y su aporte a la enseñanza e investigación en cuanto docente de la especialidad Literatura Argentina. De su labor creadora quedaron títulos muy celebrados como *La casa muerta*, *Elegías de San Miguel*, *Cantos para el atardecer de una diosa* y *Cantos a la noche*. Sola González, fallecido en 1975, dejó una significativa producción inédita de la que la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo ha rescatado *Itinerario expresivo de Leopoldo Lugones*, édito en 1999.

Tanto la presentación a cargo de Enrique Martini Palmiero de la Universidad de la Sorbonne Nouvelle, como la nota del editor —Victor Hugo Zonana de la Universidad de Cuyo— aluden a la condición de aporte a los ya conocidos estudios sobre la poesía lugoniana, y en efecto este *Itinerario...* de Sola González retrocede en las referencias y filiaciones, pero retrocede para avanzar cognitivamente. Su idea de que no es *Lunario sentimental* (1909) el texto que lo consagra como precursor de la vanguardia, sino *Las montañas del oro* sitúa el comienzo de la revolución ultraísta en 1897, así la justificación se enuncia: “Con *Las montañas del oro* penetró en nuestra poesía de Eulalias o gauchos monótonos un mundo donde el misterio ontológico de la poesía se revelaba a través de símbolos extraños, donde crecía la alucinación, las comarcas vedadas del sueño despojadas de toda cartografía explicatoria” (pg.6).

En este tono de afirmación beligerante Sola González revisa y revalúa juicios de Borges, de González Lanuza, de Roberto Giusti, Juan Carlos Ghiano, entre muchos otros consagrados críticos de Lugones. *Itinerario expresivo de Leopoldo Lugones* corresponde, en su concepción, a la década del sesenta, desde esa información lo esperable es que su enfoque teórico pueda resultar tardío, sin embargo los méritos del libro están constituidos por búsquedas ontológicas y poéticas que es decir esencialidad de la creación estética, para la que importa más la vertiente emocional que el instrumento racional y analítico, sujeto a vigencias académico-institucionales.

El libro de Sola González, cuyo subtítulo es “Del subjetivismo alucinatorio al objetivismo poético”, consta de cuatro vigorosos capítulos a través de los cuales se produce este desplazamiento hacia el “objetivismo”. El recorrido parte de *Las montañas del oro*, texto en el que el crítico reconoce presencias de muy variada extracción, tanto en lo sagrado-esotérico, como en lo más asumido como literatura canónica occidental. Según Sola González la lírica temprana de Lugones abreva en la Biblia, el Tarot y en la tradición literaria desde Homero hasta los poetas malditos de la lírica francesa.

La referencia más nítida es la que da testimonio de la herencia del Dante en el trazado de un “camino subjetivo, interior, individual”(…) que comprende un infierno personal, un retorno al mundo exterior y una tercera etapa “en la que el espíritu alcanza la plenitud...”

que podría equivaler a la unión mística (S. González, 1999: 49). El arribo objetivo de este itinerario tiene asidero en el tiempo histórico, pero igualmente recalca en el plano religioso en tanto se lee: el mundo precristiano (o etapa del Padre), la venida de Cristo (el Hijo) y el fin de los tiempos o era del Espíritu Santo. Hitos leídos por el hermeneuta en marcas textuales de mucha fuerza significativa como los epígrafes tomados de los Evangelios o en la estructura del poemario huellada por *La Divina Comedia* que patentizan la opción por una línea símbolo-esotérica.

La apelación constante a la armonía universal y a las imágenes celestes no prefiguran un enraizamiento terrestre, ni mucho menos histórico, sin embargo Sola González cree que la voz lugoniana traduce un sentido: su sueño de grandeza para la patria “que se alimenta de una *visión* del hombre en cuanto Pueblo, en cuanto Historia”, acaso signada por el romanticismo paradigmático de Victor Hugo.

El capítulo dedicado a *Los crepúsculos del jardín* habla de “nuevos escorzos de la misma personalidad creadora”, los conceptos de Sola González dialogan (no siempre en coincidencia) con la crítica precedente, coincide con Giusti en el carácter cromático de esta etapa de Lugones. Detenerse en “Cisnes negros” para demostrar la factura composicional es el pretexto para que el enunciado crítico dé rienda suelta a su propia andadura profunda e inspirada de poeta y crítico. Veamos: “La sensualidad que siempre emerge a la superficie de los versos está dada en el *frisson* táctil del rizamiento (...) suave acidez sensorial que matiza indirectamente la impresión de inmovilidad plomiza. (...) El movimiento se inicia pero sin violentar el clima de quietud anterior...(S.G., 1999: 114).

También aquí la perspectiva de lectura se detiene en las fuentes para reconocer, una vez más a los poetas franceses (aunque se agregan los plásticos impresionistas), a G. D’Annunzio, pero también al uruguayo Herrera y Reissig. Sola González acude a su manejo de la literatura europea al pasar revista a Albert Samain como la sombra palpable en *Los crepúsculos del jardín*; establece paralelos temáticos y simbólicos de notable afinidad estética entre ambos poetas.

DEL “LUNARIO” SUBJETIVO AL CENTENARIO PATRIO

Lunario sentimental, libro de 1909 es el objeto del penúltimo capítulo, segmento tan anotado como los anteriores en lo relativo al trabajo textual sobre el corpus de poemas, e igualmente limitado en el andamiaje teórico conceptual; se apoya sí en precedentes críticos, esta vez para acordar con quienes atribuyen a *Lunario sentimental* el matiz de la ironía como su rasgo inherente y eficaz.

Reclama Sola González, por los años en que escribe esta sección, una mirada de la crítica más atenta a la conexión entre la vida íntima, imagen privada de Lugones, el hombre, para entender los trazos de su poesía. Tal vez *Lunario sentimental* es el libro en el que se perfila con mayor claridad la evasión, actitud emergente por contraste entre textualizar aspectos de la vida cotidiana y otros más próximos al intelectualismo. Buscando fijar categorías de interpretación, el crítico demarca una “vertiente intelectual” y otra “emocional”; asigna en la primera un lugar central a la ironía, aduciendo su capacidad retórica para revelar una profunda crisis creadora.

Pese a que Sola González indaga meticulosamente en recursos de forma y efectos de sentido, a expensas de la estilística de Dámaso Alonso y Carlos Bousoño, no supera la instancia descriptiva en beneficio de una mayor articulación de lo que observa como dicotómico entre una ironía=catarsis de evasión y una crisis existencial: “Una [se refiere a la variabilidad de su energía] en su esencia y diferente en los matices: sentido de lo heroico, de la justicia, de la aristocracia espiritual. Anarquismo/militarismo antidemocrático. La bandera roja/la hora de la espada. —sintetiza Sola González— Pero en ese señor oscuro de sombrero de paja negro que en una noche de 1938 se perdió en la soledad del Tigre. ¿Qué pasó durante tantos años, qué vivencias lo destrozaron durante tanta vida?...” (166).

El título del capítulo final “*Las odas seculares*: Hacia el objetivismo poético” reedita un artículo de 1966 publicado en la Revista Iberoamericana, Pittsburg, Vol. XXII, No. 61, Lugones merece aquí la complacencia de quien encuentra en la realidad exterior buenos motivos para abandonar los derroteros preliminares al gran gesto creador del bate nacional: el esoterismo de *La montaña del oro* (1897), las “ojeras románticas” de *Crepúsculos del jardín*, la ironía escéptica de *Lunario sentimental* (1909), el libro en cuestión —*Odas Seculares*— apareció en 1910 con el propósito de celebrar el centenario de la patria. El análisis de nuestro interlocutor —tal cual concebimos la mediación del crítico para acceder a su objeto, que se hace nuestro conforme lo leemos y sopesamos— se torna muy preciso al aplicar en “Odas a los ganados y las mieses” el escalpelo más fino: “La exaltación de las virtudes de un pueblo pastor y agrario que era dichoso o que, en el entusiasmo y la ebriedad conmemorativa creía serlo, fue su [hablando de Lugones, claro está] tema”. (S. González, 1999: 215).

Para mostrar la identificación de este texto paradigmático de nuestras letras con toda la tradición de las odas, Sola González se remonta a Virgilio, pero luego recuerda clásicos hispano-americanos del género como Bernardo de Balbuena y Andrés Bello, pero también otros menos conocidos del continente joven. El examen de los antecedentes que desde el siglo XVII se escalonan hasta Darío de *Canto a la Argentina* es ilustrativo y erudito, en un generoso viaje por América Latina. Se muestra que aquí la exaltación de la naturaleza está plenamente consubstanciada con el imaginario de fundación de los estados nacionales.

“El movimiento vocativo o himnico que significa un compromiso o una participación hondamente subjetiva, no se concilia con el ser en sí del mundo exterior que se está tratando de mostrar. El himno queda en la intención y la oda continúa en su fluir descriptivo (...) ¿Es el realismo el plasma único de las *Odas*?” (236) se pregunta Sola cuando intenta resolver si hay objetivismo poético en Lugones.

Itinerario expresivo de Leopoldo Lugones es un libro que según la voluntad del autor debió llamarse Introducción a la poesía de L. Lugones y seguramente actualizado por Sola lo hubiese extendido hasta completar el itinerario de los doce libros del poeta cordobés, porque la agudeza del tratamiento excede una introducción —como lo destaca el editor Zonana. Quizás también se hubiese decantado teóricamente por imperio de tanta moda crítica, lo que es atemporal, y ningún artefacto disciplinar de reciente sofisticación puede, es la competencia lectora alimentada de la experiencia de un poeta.

Sola González lee a Lugones desde su propia sensibilidad creadora y desde sus incontables lecturas. Su paso por las cátedras de Introducción a la Literatura y de Literatura

Española tamiza un bagaje que ingresa en la Literatura Argentina – su campo de estudio más compatible con sus preocupaciones ideológicas. Todo esto se evidencia en el trazo de este libro de aparición tardía, aunque de imprescindible conocimiento. Escritura solvente para mostrar un Lugones muy universal por la permeabilidad de sus tópicos, sus recursos, la métrica, pero sobre todo por esa naturalidad con que fusiona la tradición más clásica con la vocación por innovar.

Amelia Royo